



PERDONA NUESTRAS OFENSAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN (6/8)

«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Es la sexta reflexión sobre el Padre Nuestro que hacemos, y es la quinta petición. Quinta petición porque la primera reflexión no era de una petición, sino que era de la invocación primera: «Padre nuestro que estás en el cielo». Hoy, por lo tanto, tenemos la sexta reflexión y la quinta petición del Padre Nuestro.

Una primera afirmación que es digna de subrayar: que el propio Señor destacó de una forma muy especial esta quinta petición entre las demás. Me refiero a que, cuando en el Evangelio de San Mateo Él concluye la oración y dice al terminar: «no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal», continúa después: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas». Es curioso, a esa petición, a la quinta, le da una especie de epílogo final, como una coletilla final.

Cuando hacemos un discurso en el que hacemos varias afirmaciones, es frecuente que recurramos a subrayar de forma especial algo entre todo lo que hemos dicho porque lo estimamos más importante o más urgente. Decimos: «voy a hacer este recordatorio» y lo repetimos al final. Yo creo que eso es lo que hizo Jesús. El Evangelio de San Mateo narra, va describiendo, las siete peticiones del Padre Nuestro, pero luego al final hace como una coletilla repitiendo la quinta: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas». ¡Qué interesante el lugar destacado que Jesús le dio!

En esta quinta petición del Padre Nuestro se combinan dos cosas: una petición dirigida a Dios («Perdona nuestras ofensas») y un recordatorio de nuestra relación con los demás («como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»). Si solo fuese por lo primero, por la petición dirigida a Dios de que nos perdone, acaso ya estaría incluida esta petición en la primera del Padre Nuestro, en aquella que decíamos «santificado sea tu nombre». En ella, si recordáis, explicábamos que decir «santificado sea tu nombre» no era pedir que Dios se santificase, sino que nos santificásemos nosotros. Entonces, en realidad, pedirle a Dios que nos santifique también es pedirle que nos perdone. Desde ese punto de vista, podía estar incluida ya en la primera petición. Pero, como veremos a lo largo de esta explicación, lo característico de esta quinta petición es que se combina la petición del perdón a Dios con nuestra puesta en práctica del mandamiento del perdón al prójimo. Se combinan ambas cosas: perdónanos como nosotros perdonamos.

Vamos por partes. En primer lugar, quiero subrayar la súplica de la misericordia que hacemos: perdónanos, ten misericordia de nosotros. Decir esto en esta tierra en la que existe esa devoción a la Santa Faz, en la que decimos: «¡Faz Divina, Misericordia, Misericordia!», la verdad es que esa súplica que se hace de pedir misericordia al rostro de Cristo es exactamente lo que se pide en la quinta petición del Padre Nuestro: perdónanos. Es pedir la misericordia, ser mendigos de la misericordia de Dios. ¿Por qué hay que pedir siempre perdón? ¿Por qué hay que ser insistente pidiendo misericordia, pidiendo perdón? Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

Aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios.

Que esto es así: te santificas, pero te ensucias. Dice el Libro de los Proverbios:

El justo cae siete veces y se levanta.

¡Y dice «el justo»! ¡Fíjate, el justo! ¡Qué no haremos los no justos! Eso es una realidad. Tenemos que ser constantes pidiendo misericordia. No porque no nos hubiesen perdonado y hay que volver a pedirlo porque igual no nos lo perdonaron, no, sino porque seguimos pecando siempre.

Es importante, es clave para entender bien esta petición del Padre Nuestro, tomar conciencia de nuestra condición pecadora. Creértelo de verdad, no sólo decir «somos pecadores», no, sino

creértelo de verdad. Cuidado con esa frase frívola que muchas veces hemos escuchado: «No, yo ni mato ni robo, soy una buena persona» ¡Madre mía! ¡Cuidado con esa expresión! La humanidad no se divide entre pecadores y no pecadores, la humanidad se divide entre pecadores que piden misericordia y pecadores que no la piden, o que no tienen conciencia ni de que lo son. Esa es la división real. Hay un texto emblemático, Primera carta de Juan 1, 10:

Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros.

Es decir, que decir que no hemos pecado es hacer mentiroso a Dios.

Por otra parte, cuando alguien no se considera pecador, además de estar ciego — que ya es un problema — se está autoexcluyendo de la redención de Jesucristo. Me acuerdo de que en una ocasión, siendo párroco, estábamos en la preparación de la confirmación y un chico me dijo lo típico de: «No, yo ni mato ni robo, yo soy una buena...», la frase hecha ésa. Entonces yo, un poco irónicamente, le dije: «¡Qué bien! entonces tú no necesitas del perdón de Jesucristo, tú no necesitas de la redención. Jesús no murió en la cruz por ti, ni entregó su vida por ti, tú no lo necesitas». Y entonces el chaval, cuando escuchó que yo le decía eso, dijo: «Bueno, espera un poco, espera un poco, igual un poco sí que soy pecador». Claro, él se daba cuenta de que al afirmar «yo no soy pecador» se estaba autoexcluyendo de la redención de Cristo. Es muy importante la conciencia de nuestra condición pecadora.

Además, aun cuando no hubiésemos cometido pecados graves, bien sabemos que también la misericordia de Dios nos ha preservado. Somos hijos de la misericordia, no sólo porque Dios nos ha perdonado, sino porque nos ha preservado de caer, como a María. ¿Pide María misericordia a Dios? Esta es una buena pregunta: María, la que no tuvo ningún pecado, la Inmaculada, ¿pide misericordia a Dios? Sí, pide misericordia a Dios, porque la misericordia de Dios es la que le ha preservado del pecado. De hecho, en el Magníficat se escucha la expresión: «acordándose de su misericordia», acordándose de la misericordia. Además, que aunque uno dijese «pues no he tenido pecados graves», primero, has sido preservado, y segundo, acuérdate de que existen los pecados de omisión, de los que pocas veces caemos en cuenta o nos acusamos de ellos.

Dios nos ha llamado a la santidad, es decir, a parecernos a Dios. Entonces, si no tenemos una vida de santidad — que creo que tenemos conciencia de que estamos lejos de ello —, tenemos

muchos motivos para pedir perdón. Por ejemplo, por nuestros pecados de ingratitud, que son mucho más serios de lo que suponemos, por nuestra falta de agradecimiento a Dios. Lo más grave del pecado no suele ser tanto lo que he hecho mal, sino a quién se lo he hecho, que se lo has hecho a Dios. ¡Fíjate en lo que es haber sido ingrato a Dios!

En definitiva, que después del bautismo, después de la confesión de nuestros pecados, seguimos pecando y tenemos que pedir misericordia. No porque no nos perdonasen del todo, no, sino porque después hemos continuado pecando. Por lo tanto, esta quinta petición nos remite a la parábola del hijo pródigo. Y tú eres y yo soy, somos, el hijo pródigo que pedimos misericordia al padre. Y nos remite también a la parábola del fariseo y del publicano, de Lucas 18, en la que estamos llamados a ser como el publicano, que se sentaba atrás y no se atrevía a levantar su mirada y decía:

¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!

Rezar esta petición es ser como el hijo pródigo, que dice:

Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como uno de tus jornaleros.

Es tener la viva conciencia de nuestra condición pecadora. La peor de las disposiciones es la de ese fariseo que decía, por el publicano:

Padre, te doy gracias porque no soy como ése.

Es la peor de las disposiciones; peor que eso es difícil. Ése no tenía conciencia de ser pecador; ése no podía rezar el Padre Nuestro, no lo podía rezar. La peor de las disposiciones también es la del hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, cuando dice:

(...) ése hijo tuyo que ha malgastado el dinero en prostitutas.

¡Como si tú no hubieses roto un plato! Ésa es la peor de las disposiciones. En resumen, lo primero que tenemos que subrayar es que tenemos que **pedir la gracia de tener viva conciencia de nuestra condición pecadora** para que, cuando recemos el Padre Nuestro, nos lo creamos.

Algunos dicen que la Iglesia no tiene que hablar tanto de pecado. ¿No lo habéis escuchado alguna vez? Eso se dice por ahí, pero en realidad creo que quien dice eso no entiende la predicación de la Iglesia sobre el pecado. Porque, para nosotros, pedir misericordia es al mismo tiempo sentir la alegría de haberla recibido. En el acto de contrición en el que me duelo por mis pecados, uno no sabe por qué llora: si de pena por haber ofendido, o de alegría por haber sido perdonado. Por tanto, no es cierto que la petición de perdón continua y constante, la petición de misericordia, esté dibujando una espiritualidad triste y obsesiva con el pecado, en absoluto. Porque la petición de la misericordia es acoger el don del perdón.

Ése es el primer aspecto, pero vamos al segundo. Después viene la condición: «Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos». ¿Cómo entender esta condición, perdónanos “como nosotros perdonamos”? ¿Acaso hay que entenderla como una especie de despecho o de venganza por parte de Dios, como si Él nos dijese: «como tú no te has portado bien, tampoco yo pienso portarme bien contigo»? Eso sería una interpretación literalista, o hiperliteral, y no sería correcta; máxime cuando Jesús nos pide a nosotros que no devolvamos el mal con el mal, sino que vencemos al mal a fuerza de bien. Porque así nos lo dice Jesús. Con lo cual yo no interpretaría esa petición como diciendo «si tú te portas mal, también yo me pienso portar mal contigo».

Entonces ¿cómo se entiende? El Catecismo de la Iglesia Católica da una explicación de esto, en mi opinión maravillosa; está en el punto 2840 y dice así:

Ahora bien, lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible: no podemos amar a Dios a quien no vemos si no amamos al hermano o a la hermana a quien vemos. Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

¡Qué interesante esta explicación! Fijémonos en dos expresiones: «este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido» y «el corazón se cierra, su dureza le hace impermeable al amor misericordioso del Padre». Vamos a poner un ejemplo gráfico para entender esto. Es como si la dureza de tu corazón, que se niega a perdonar, te revistiese de una prenda impermeable; tú mismo haces una coraza impermeable que no sólo impide que salga de ti la misericordia, sino que también impide igualmente que llegue la misericordia de Dios hasta ti. No es que a Dios no le dé la gana perdonarte, no, es que no puede porque tú mismo te estás autoexcluyendo. Igual que el Catecismo de la Iglesia Católica explica la condenación al infierno como una autoexclusión del hombre del don de la salvación. Eso está en el punto 1033, que explica la posibilidad de la condenación como una autoexclusión. Tú mismo te excluyes, no es que Dios diga «me has pillado en mal día, vas al infierno», no. Así también en este caso es el mismo hombre el que se autoexcluye del perdón de Dios, porque su dureza de corazón para perdonar al prójimo digamos que le incapacita ontológicamente para el perdón. Es muy interesante esta expresión.

Así entendemos por qué la quinta petición tiene una urgencia, y comprendemos esa coletilla final en la que Jesús, al terminar el Padre Nuestro, hizo una repetición de la quinta petición.

Bueno, vamos más adelante. El perdón es una tarea. Perdonar a los demás es una tarea que tenemos pendiente siempre, pero también es un don de Dios, las dos cosas. Es tarea tuya, esfuerzo tuyo, pero es don de Dios. Esta condición que Dios te pone de que hay que perdonar es también una gracia que hay que pedirle a Dios. Requiere de nuestra voluntad el intentar imitar el perdón de Dios —es una tarea—, pero es imposible con nuestras solas fuerzas y hay que abrirse a recibir el don. Tarea y don. De hecho, ese adverbio relativo «como» —perdona «como» nosotros perdonamos — aparece también en otros pasajes evangélicos dejando claro que lo que se nos pide como condición supera nuestras fuerzas. Por ejemplo, escuchad estos tres pasajes:

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto

¡Madre mía! Está bien, pero nos supera un poquito, ¿no? O este otro:

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso

O éste:

Pues bien, amaos unos a otros como yo os he amado.

Es decir que, en realidad, ese «como» no sólo es «esfuérzate», sino «está por encima de tus fuerzas y tienes que recibir el don de Dios»; es como una participación de la santidad de Dios, de la misericordia de Dios, del perdón de Dios. Me tengo que esforzar, pero tengo que ser consciente de que es un regalo de Dios. Y por eso sólo el Espíritu Santo nos puede conceder tener los mismos sentimientos del Corazón de Cristo. Sólo el Espíritu Santo puede hacer eso de «ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», «ser misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso», «amaos unos a otros como yo os he amado», como Jesús nos ha amado. Sólo el Espíritu Santo. Por eso es una tarea, pero es también un don de Dios, y esto es muy importante entenderlo; si no, sería un voluntarismo ridículo.

Ahora, si esto es así, si esto es una tarea y es un don, entonces la pregunta es: ¿cómo nos motivamos? ¿cómo nos educamos en perdonar las ofensas? Porque si es un don, pero también es una tarea entonces ¿cómo nos educamos en perdonar su ofensas? Yo os propongo cuatro consejos, cuatro pasos.

Primero: **considerar con frecuencia lo que Dios nos ha perdonado.** Uno tiene que reflexionarlo con frecuencia. Es como la parábola del siervo sin entrañas, que está en Mateo 18, 23-35. Aquel siervo al que el rey le perdonó una inmensa deuda de diez mil talentos, y él estrangulaba a otro porque no le daba los cien denarios que le debía. Habría que decirle: «Pero vamos a ver, ¿tú eres consciente de lo que te han perdonado? ¿tú te has dado cuenta de eso o no?». Diez mil talentos es la imagen de una deuda eterna que el hombre no puede pagar. De hecho, el rey, cuando primero dijo «éste no me puede pagar», ordenó que lo vendiesen como esclavo a él y a su familia, que lo vendiesen todo «y ni siquiera con eso me puedes pagar». La deuda que tenemos con Dios es inmensa, es eterna. ¿Tú te has dado cuenta de eso? ¿Tú te has dado cuenta de que vives del perdón de Dios? Quienes entienden de monedas y esas cosas, calculan que diez mil talentos equivalen a sesenta millones de denarios. Hay una proporción de seiscientos mil a uno. Si te han perdonado seiscientos mil, entonces tú tienes que perdonar uno; sabes lo que estás diciendo, ¿no?

Es decir, que el motivo principal por el que nos puede costar perdonar al prójimo ¿sabéis cuál es?: que no nos acabamos de enterar de lo que Dios nos ha perdonado a nosotros. Y ése puede ser

el motivo principal de por qué me cuesta a mí tanto perdonar al otro. Si fueses consciente de lo que Dios te ha perdonado a ti, te digo yo que perdonarías más fácil. Por tanto, el primer consejo es: hay que considerar cómo es el perdón de Dios, cómo es la redención de Dios. Cuando se acerca la Semana Santa y cuando vemos a Cristo entregando su vida por nosotros, hay que pensar: “oye, mis pecados son más serios de lo que parece para que la redención haya acontecido de esta manera”. Hay que considerarlo, hay que caer en la cuenta.

Segundo consejo: **la voluntad y el sentimiento se implican, pero no se identifican**. ¿Qué quiere decir esto? Uno puede preguntar: «¿Perdonar al prójimo tiene que suponer que desaparezca todo sentimiento de rechazo hacia quien nos ha ofendido? ¿Conlleva eso?». Yo perdono a una persona, pero cuando pasa delante mío se me revuelve el estómago. ¿Entonces es que no la he perdonado bien? Eso una pregunta importante. Por eso hago esta reflexión: la voluntad y el sentimiento se implican, pero no se identifican. Por una parte, es necesario perdonar de corazón, no sólo de boquilla. Eso de «perdono pero no olvido», eso no vale ¿me explico? No vale porque «perdono pero no olvido» no es perdonar de corazón. Así concluye la parábola del siervo sin entrañas a la que nos hemos referido; dice:

Lo mismo hará vuestro Padre celestial si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

Hay que perdonar de corazón, y perdonar de corazón requiere recorrer un camino hacia nuestro interior; porque nuestro interior tiene como capas, como la cebolla que tiene capas, y hay que perdonar desde dentro, no desde la capa de fuera. Es necesario que el perdón llegue hasta lo más hondo, si no, estás perdonando de boquilla pero no es un perdón de corazón. Pero, dicho esto, no debemos de identificar el perdón con el sentimiento. El Catecismo dice lo siguiente, explicando este tema en el punto 2843:

No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla, pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión.

Por mucho que intentas perdonar de corazón, no está en tu mano no sentir y olvidar. Me gustaría no acordarme para nada de algo, pero me voy a la memoria. ¿Por qué? Porque eso también

puede depender de sensibilidades. A las personas más sensibles la memoria les puede traer imágenes, y al que es menos sensible, quizás no. Pero no es que sea más misericordioso, no, es que es menos sensible, que es un poco distinto.

Es decir, que lo importante no es sentir, sino querer. Yo quiero perdonar, y en realidad querer perdonar ya es perdonar aunque tus sentimientos no los controles, aunque se te sigan revolviendo las entrañas. Por ejemplo, en mi vida me ha tocado muchas veces acompañar a las víctimas del terrorismo, y hay que tener un gran respeto y paciencia con las personas que han recibido ese tipo de heridas. Tienes que ayudarles a perdonar pero, claro, cuando en televisión sale no sé qué noticia o lo que sea, a esa persona se le revuelve todo su ser porque hay heridas que han podido llegar a ser tremendas. Creo que en el perdón de estas grandes ofensas — una víctima del terrorismo, o alguien que ha sufrido un abuso, una violación, que su sensibilidad ha podido quedar muy trastornada — hay que entender que existe esa diferenciación entre querer perdonar y sentir las cosas. Puede resultar de gran ayuda en estos casos, para acompañar a una persona que tiene estas grandes heridas, ayudarle a considerar cómo el odio en el fondo todavía te hace más víctima del agresor. A muchas víctimas del terrorismo les he dicho esto: «una razón añadida para perdonar es no permitir que el mal que te han hecho te haga malo». Mira, no voy a permitir eso. Una cosa es que me hayan hecho un mal inmenso, pero que encima eso ahora a mí me haga malo, que me llene de odio y le desee el mal a todo el mundo, no lo voy a permitir porque entonces el poder que tendría ese mal sobre mí sería inmenso. Y tiene que haber una gran lucha interior.

Por eso ¿cómo puede uno saber si en realidad estoy perdonando o no? Porque decimos que perdonar es querer perdonar. Nos lo explicaba el Catecismo, que continuaba diciendo en el punto citado: “pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión”. Nos lo ha dicho con dos matices: cambiar la herida en compasión y transformar la ofensa en intercesión. Es decir, primero voy a procurar en vez de tener rabia, sentir pena, que es un pasito importante. Y, segundo, voy a procurar pedir la conversión de esa persona que me ha ofendido: «Señor, cámbiala, transfórmala, dale la gracia de la conversión. Ojalá esa persona que mató a mi marido, por ejemplo, pueda convertirse y arrepentirse delante de ti». Eso ya es perdonar. El que es capaz de pedirle a Dios tal cosa, aunque sus sentimientos se le revuelvan interiormente, está perdonando de verdad. Está pidiendo que el que mató a su marido se convierta, por tanto, está pidiendo el bien para él. Nos dice el Catecismo que hay que intentar cambiar la herida en compasión y la ofensa en intercesión. Esa es una gran batalla interior en la que hay que

acompañar, y ayudar a perdonar. Bueno, es fuerte lo que estamos diciendo, porque decirlo aquí es fácil pero luego, claro, existen algunas heridas en las que esto supone una lucha terrible interiormente.

Doy un paso más al tercer punto. Jesús, que no oculta para nada el gran ideal al que Él nos llama, se atreve a darnos el mandamiento del amor a los enemigos. Está en Mateo 5, 43-48:

Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis?, ¿no hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario?, ¿no hacen también lo mismo los gentiles? Por lo tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

Es decir, Jesús pide amar para poder perdonar, o perdonar para poder amar; porque lo de amar y perdonar son la cara y la cruz de una misma moneda. El perdón, el amor al enemigo, es lo que más nos asemeja a Dios, eso lo dice San Juan Crisóstomo. ¿Qué es en esta vida lo que más me puede asemejar a Dios? El amor al enemigo, o el perdón al enemigo, eso es lo que más te asemeja a Dios. Ahora, alguno podría decir: «¿Esto no es muy maximalista?». Es que en el fondo nos jugamos tanto — te juegas la posibilidad de la misericordia de Dios y, por lo tanto, la vida eterna — que sí, la propuesta de Jesús claro que es fuerte, pero es que también es proporcional al don que Dios nos da.

Por eso es tan importante **el testimonio de los mártires, especialmente de los que han muerto perdonando**. Y quiero aprovechar esta charla para sacar a la luz el testimonio de uno de nuestros mártires que está muy ligado a esta quinta petición del Padre Nuestro. Es el Siervo de Dios Don Luis Estañ Mellado, sacerdote. Él era natural de Callosa de Segura y vicario de allí cuando, el 20 de noviembre de 1936, fue martirizado y fusilado en la carretera de la Garganta de Crevillente. Don Luis pidió a sus verdugos que le concediesen un minuto para rezar el Padre Nuestro. Y allí se puso a rezar el Padre Nuestro y, cuando llegó a la quinta petición («perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»), se paró, ya no siguió rezando, y dijo: «ya podéis disparar». Y le dispararon. Cuando rezó la quinta petición tenía en sus manos una pequeña mantita y

en ese momento se tapó la cara con ella, cuando le dispararon. Esa manta manchada de sangre la conservamos, está allí en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia; la manta que él tenía cuando rezó «perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos» y dijo «ya podéis disparar», y se tapó la cara y le dispararon. ¡Madre mía! Es un testimonio impresionante de lo que es la quinta petición del Padre Nuestro. Es impresionante el Siervo de Dios el Padre Luis, al que yo creo que debiéramos de acogernos como intercesor nuestro cada vez que nos cueste perdonar. Está bien tener intercesores mártires que han muerto perdonando para pedirles que nos ayuden a perdonar. Estos testimonios de mártires nos llevan a entender que con el perdón no se juega, que esto es una cosa seria.

Es como si, por la intercesión de los mártires que murieron perdonando, nosotros podemos decir: «voy a pedir la gracia de ponerme en presencia de Dios y decretar una amnistía general; nadie me debe nada, he perdonado a todos». Cuando uno hace esto en esta vida, es feliz. Lo voy a poner en presencia de Dios y voy a decretar una amnistía general a todo el mundo. Eso es completamente sanador en nuestra vida. De hecho, el Catecismo de Trento — que también se llama el Catecismo Romano y que durante muchos siglos fue el que estuvo vigente en la Iglesia hasta la promulgación del Catecismo actual— dice:

Si quieres que Dios tenga misericordia, regálale tus enemistades.

Expresión curiosa ¿no?: «regálale tus enemistades». Como dicen ahora, «venga, entrégaselas y olvídate». A mí esta expresión me llama la atención porque además es algo dicho hace siglos, aunque es una expresión que parece de nuestros días: «Si quieres recibir la misericordia de Dios, regálale tus enemistades; venga, entrégaselas, ya está, y olvídate de ello».

Vamos a dar el último paso. Hemos hablado de grandes ofensas como el caso del Siervo de Dios don Luis, hemos hablado de las de las víctimas del terrorismo, hemos hablado de quienes han sufrido en su vida vejaciones tan duras que hacen difícil el perdón, pero ahora también vamos a ser prácticos. También tenemos que **educar nuestras susceptibilidades**, porque a veces donde nos jugamos el perdón no es en las cosas gravísimas y gordísimas, sino en las cosas nimias y pequeñas. No pocas veces nuestra dificultad en perdonar no nace de la gravedad de las ofensas, sino de nuestra susceptibilidad. Vamos a ser claros, a veces sufrimos por un puñado de desagrazos: «han hablado mal de mí», «se me han ensuciado la fama, la honra»... ¡Madre mía! Generalmente las ofensas se suelen mover en este nivel. La cultura narcisista que nos invade es como una tela que

está hecha de dos tipos de hilo, que son la vanidad y la susceptibilidad. Esos dos tipos de hilos tejen ese narcisismo: vanidad y susceptibilidad. Por eso para poder tener capacidad de perdonar hay que aprender amar con libertad, sin poseer. Yo amo con libertad, sin poseer. Porque si pienso: «Pues mira, que luego no me reconocen las cosas...» pues yo he hecho lo que tenía que hacer, y no sufro tanto porque no me hayan reconocido, no estoy sufriendo. Porque si pienso: «¡fíjate tú, te sacrificas por los demás y no te lo reconocen!» ¿y qué?, ¿es lo que tenías que hacer, no? ¿qué pasa, vas a empezar a darle vueltas?. O si pienso: «para lo que te esfuerzas, mira cómo te pagan». ¿Y qué? tú has hecho lo que tenías que hacer, eso que te llevas por delante, el problema será el del otro en todo caso.

El perdón maduro es aquel que no sólo perdona las ofensas, sino también el que no se deja ofender fácilmente. Y esto es muy práctico. No se trata sólo de decir: «¡Ay, Señor!, voy a hacer un sacrificio inmenso y por tu gracia voy a intentar perdonar», sino: «Señor, por tu gracia no me voy a sentir tan fácilmente ofendido». Porque ¿de qué me escandalizo? ¿de que la gente falla? Es que eso casi lo damos por descontado. No me decepciono tan fácilmente de los demás porque eso va casi en el carnet de identidad. Perdono todo lo que me hagan, incluso antes de que me lo hagan. Es como vivir en un estado de perdón; que el perdón no sea un hecho puntual sino que sea como un estado de vida, una manera de ver y percibir las cosas de los demás. El oficio de Dios es perdonar, Dios es misericordioso. Dios no tiene actos de misericordia, es misericordioso, que es distinto. Y nosotros no es que tengamos que tener actos de perdonar, sino que tenemos que vivir instalados en el perdón porque tenemos que ser imitadores de Dios, ser divinos. Y de esta manera hacemos presente a Dios en la tierra. Eso es ser misericordioso.

Repaso estos cuatro puntos que os he compartido que nos ayudarán a perdonar:

- considerar lo que Dios me ha perdonado.
- entender también cómo la voluntad y el sentimiento se implican pero no se identifican, que uno tiene que perdonar de corazón pero al mismo tiempo tener conciencia de que lo importante es querer perdonar más que los sentimientos que experimentes.
- el testimonio de los mártires que nos han ayudado a amar a los enemigos de esa manera.
- la educación de nuestra susceptibilidad.

Son los consejos más prácticos para vivir esta quinta petición del Padre Nuestro.

Y como no hay mejor manera de concluir nuestra reflexión, si os parece, rezamos la oración que Cristo nos enseñó:

Padre nuestro que estás en el cielo,

santificado sea tu nombre.

Venga a nosotros tu Reino.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Nuestro pan de cada día dánosle hoy.

*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los
que nos ofenden.*

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

Amén.

El Señor esté con vosotros. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.